



EL BARCO
DE VAPOR

Los Protectores

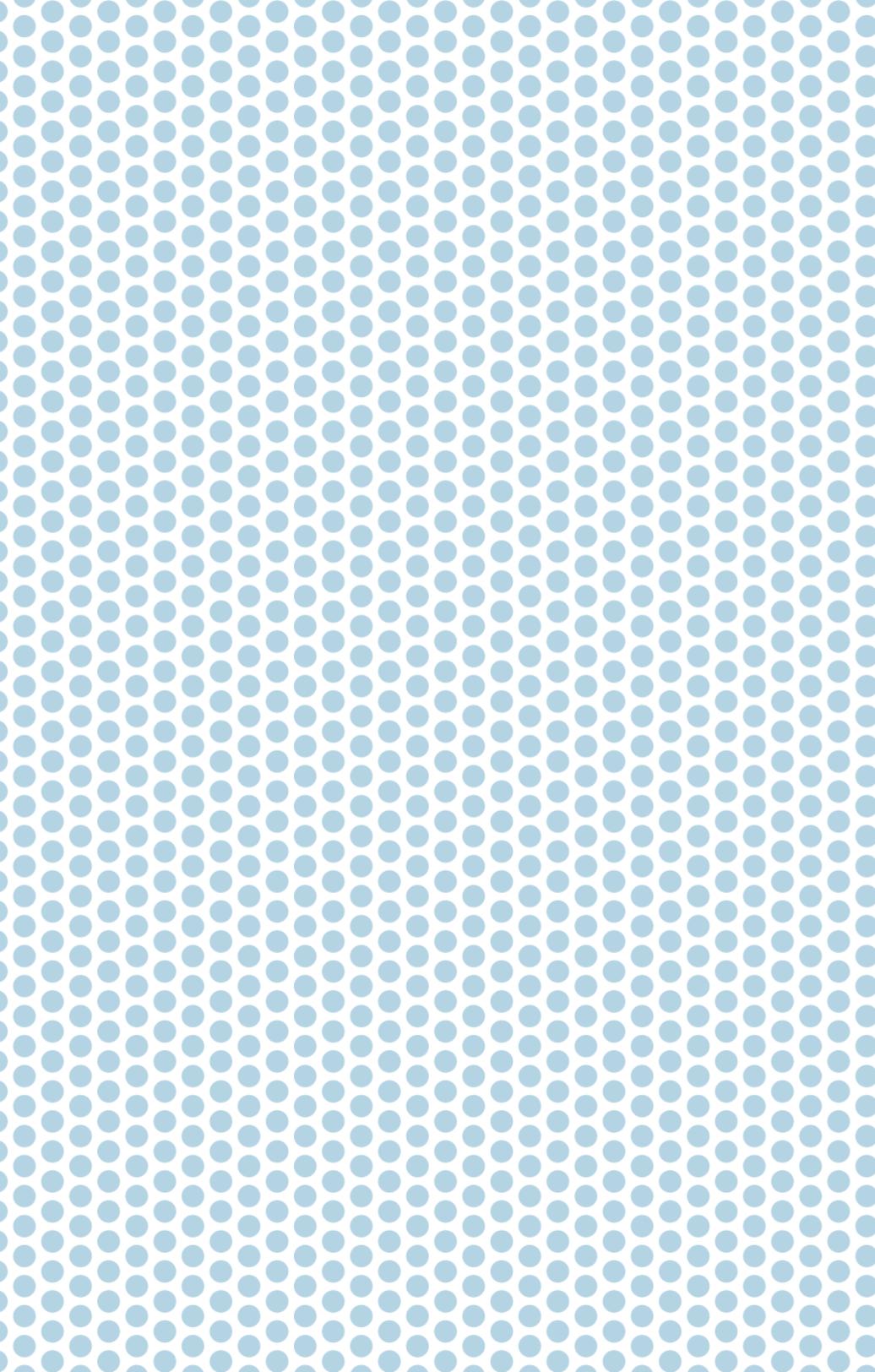
Roberto Santiago

Ilustraciones
de Paula Blumen



sm

PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR





EL BARCO
DE VAPOR

Los Protectores

Roberto Santiago

PREMIO EL BARCO DE VAPOR 2016

Ilustraciones de Paula Blumen



Primera edición: mayo de 2016

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Roberto Santiago, 2016
© de las ilustraciones: Paula Blumen, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8769-2
Depósito legal: M-9392-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Isa, mi hermana,
amiga y compañera,
y también mi protectora
aunque ella no lo sepa.*

*Y para todas las personas
que se dedican a proteger
y cuidar a los demás
de manera desinteresada.*

PRIMERA NORMA:

AYUDAR PUEDE SER DIVERTIDO.

SEGUNDA NORMA:

SI ENTRAS, NO PUEDES SALIR.

TERCERA NORMA:

PROHIBIDA LA VIOLENCIA.

CUARTA NORMA:

SERVIR, CUIDAR, PROTEGER.

QUINTA NORMA:

SIEMPRE ALERTA.

SEXTA Y ÚLTIMA NORMA:

NADIE PUEDE CONOCER LA EXISTENCIA
DE LOS PROTECTORES.

● 1

TODO EMPEZÓ un domingo de invierno.

Eran las once y once minutos de la mañana.

Recuerdo perfectamente la hora porque mi madre levantó la voz y dijo:

–¡Las once y once minutos!

Por si alguien no lo había oído bien, lo repitió gritando aún más:

–¡Las once y once minutos!

El conductor bajó del camión de la mudanza y dijo:

–Lo siento mucho, señora. Había atasco.

–¿Atasco? –preguntó mi madre, fuera de sí–. ¿Un atasco de más de tres horas? ¿En domingo? ¡Llevamos esperando desde las ocho de la mañana! ¡Desde las ocho! ¿Se da usted cuenta de lo que eso significa?

–Me doy perfecta cuenta –respondió el hombre, colocándose una gorra gris en la cabeza–. Ya le he dicho que lo siento mucho.

Estábamos en la calle. Delante de nuestra nueva casa, a la que nos estábamos mudando justo ese día.

A causa del trabajo de mi madre, íbamos de una ciudad a otra constantemente, lo cual era un verda-



dero rollo. No me daba tiempo a hacer amigos, no me daba tiempo a conocer a la gente y los sitios, y lo que es peor: siempre, en todas partes, era el nuevo.

Mientras el conductor hablaba con mi madre y le entregaba el albarán de la mudanza, otro empleado abrió la parte trasera del camión.

Pude ver que algunos vecinos se habían asomado, atraídos por los gritos.

Pensé que no era la mejor forma de empezar en el barrio.

Pero las cosas fueron a peor.

–Esto no va a quedar así –dijo mi madre–. Pienso hacer una reclamación por escrito, pienso denunciarlos a la oficina del consumidor.



–Está en su derecho –musitó el hombre, al que no parecían afectarle mucho los gritos ni las amenazas de mi madre.

–Ya pueden ir bajando las cosas –dijo ella señalando la entrada de la casa–, y deprisita, que no tenemos todo el día.

–Hummmmmm –dijo el conductor observando el portal–. Debe de haber un error, señora. Usted solo ha contratado el servicio de «transporte», como puede ver en este albarán. No ha contratado el servicio de «transporte y descarga». Ni nuestro servicio plus de «transporte, descarga y desembalaje».

Mi madre le miró como si aquel hombre hubiera hablado en chino.

–¿Pero qué me está contando? –preguntó.

–Pues que solo ha contratado el servicio de transporte. No ha contratado el servicio de transporte y descarga, ni...

–Ya, ya, ya –le cortó mi madre–, le he oído. Pero es que no entiendo qué quiere decir.

–Quiero decir que si hubiera contratado el servicio de «transporte y descarga», por ejemplo, ahora mi compañero y yo bajaríamos todas sus cosas del camión y las introduciríamos en su casa. Sin embargo, como solo ha contratado «transporte», tendrán que bajarlas usted y su familia. Por cierto, ¿cuánto cree que tardará? Si se excede más de cuatro horas, tendrá que pagar un suplemento de espera.

Mi madre estaba que echaba humo por las orejas.

–A ver, buen hombre –dijo ella–. Solo he contratado el servicio de transporte porque nadie me ha dicho que hubiera otras posibilidades, y también porque daba por hecho que meterían todas nuestras cosas en casa, como han hecho siempre todas las empresas de mudanza que he contratado en mi vida, y le aseguro que he contratado unas cuantas.

–Pues estaba usted en un error –respondió.

–Mamá –dije.

–Calla, Vicente, no te metas, que esto es un asunto de mayores –dijo mi madre, y volvió a la carga–. No pretenderá que una mujer sola y dos niños descarguen todos esos muebles y cajas y los metan en la casa.

En ese momento, se asomó por la ventana mi querida hermana Violeta y gritó:

–¡Mamá, te he dicho mil veces que no soy ninguna niña: tengo trece años! ¡No pienso mover ni un dedo con las cajas, esta mudanza es idea tuya, así que tú te las apañas!

Y cerró la ventana de un golpe.

A mi hermana Violeta solo le interesan tres cosas en el mundo: la ropa, la música y los chicos. Por este orden. El resto, incluyendo su madre y su hermano pequeño, somos solo una molestia para ella.

–¡Violeta, a mí no me hables así, y menos delante de extraños! –respondió mi madre, aunque mi hermana, por supuesto, ya no la escuchaba; seguramente estaría tirada en el suelo de su nueva habitación con los cascos puestos.

–Si es que los jóvenes de hoy en día... –dijo el conductor del camión–. Yo tengo un hijo de quince, y está todo el día con la moto arriba y abajo, no le digo más.

Mi madre se giró de nuevo hacia el hombre de la gorra.

–Escuche. Seguro que es usted muy buen padre, y muy buen profesional también –dijo mi madre–, pero yo ahora tengo un problema. Acabamos de llegar a esta ciudad y no conocemos a nadie. Mañana empiezo en mi nueva oficina. Y mis hijos en su nuevo colegio. Necesito que me ayuden a meter todas las cosas en la casa, se lo suplico. Le contrato ahora mismo el servicio completo de «transporte, descarga

y desembalaje», y además le pago un extra por ser domingo.

–Ya quisiera yo, señora –respondió el conductor–, pero no puede ser. Los servicios se contratan cuarenta y ocho horas antes de la entrega, y siempre on line. Lo siento mucho, yo solo soy un operario, no un comercial.

–Mamá –insistí.

–Espera, Vicente –dijo mi madre, avanzando hacia el tipo–. Me está usted diciendo que, aunque yo quiera... ¿no puedo pagarle más para que meta las cosas en mi casa?

–No es posible, señora. Y mire que lo siento.

–Ya –dijo ella, tratando de asimilarlo, y tratando también de no pegar otro grito delante de los cada vez más numerosos vecinos que se iban agolpando en torno al camión y nuestro portal–. Y, por curiosidad, ¿qué van a hacer usted y su compañero mientras mis hijos y yo misma arrastramos penosamente los muebles hasta el interior de nuestra casa?

–Esa pregunta está totalmente fuera de lugar, señora –contestó el hombre, que ahora sí parecía molesto–. ¿Acaso le he preguntado yo qué ha estado haciendo usted mientras conducíamos este camión desde esta mañana temprano?

–Ya que lo menciona, ¿sabe lo que hemos estado haciendo? Esperando, eso hemos hecho: esperar, esperar y esperar. Porque han llegado con más de tres horas de retraso. ¿«Promudanzas»? Me río yo del nom-

brecito. Deberían llamarse «Mudanzas la Chapuza» o, mejor aún, «Desastre de Mudanzas». Ya está bien de que le tomen el pelo a la gente de a pie. ¡Ya está bien!

Empezaron a escucharse algunos aplausos entre los vecinos presentes.

–¡Sí señora!

–¡Así se habla!

–¡Ya está bien!

Yo estaba rojo de vergüenza, pero mi madre estaba orgullosa, pletórica.

Se subió a los escalones de la entrada. Se disponía a dar un discurso a los presentes o algo así.

Así que decidí que no era plan de interrumpirle y aguarle la fiesta.

Lo que yo había tratado de decirle dos veces era que los muebles y las cosas que había en el interior de aquel camión... ¡no eran los nuestros!

Que los señores de la mudanza se habían equivocado de camión, vamos.

Pero bueno, ya se daría cuenta.

Delante de veinte o treinta vecinos, mi madre empezó a hablar de cómo las grandes empresas abusan de su poder, y de cómo una simple mudanza era el símbolo de una sociedad cada vez más inhumana.

Entonces, alguien me llamó:

–Pssssssssssssh...

Me giré.

Y la vi.

Por primera vez en mi vida.

Unos metros más allá, asomada tras la esquina de la casa.

Era una niña rubia con un pequeño hoyuelo bajo el ojo derecho.

Llevaba puesto un plumas de color azul.

Era la chica más guapa que yo había visto en toda mi vida.

Y me estaba hablando.

A mí.

–Eh, tú, el nuevo –dijo.

–¿Yo? –pregunté, sin poder crérmelo todavía.

–Es que tenemos aquí una duda enorme –dijo ella–.

¿Puedes venir un momento, por favor?

¿Tenemos?

¿A quién se refería?

Enseguida lo iba a descubrir.

Me acerqué y doblé la esquina.

Allí me topé de bruces con un grupo de niños. En total eran cinco: tres chicos y dos chicas, incluyendo a la rubia del hoyuelo.

Uno de ellos, que me sacaba al menos dos cabezas y que tenía la cara llena de pecas, me miró y dijo:

–Verás, novato, mis amigos y yo hemos hecho una apuesta. Ellos dicen que acabas de llegar de alguna ciudad grande. Yo digo que no. Yo digo que tienes cara de paleta y que vienes de un pueblo. ¿Nos puedes sacar de dudas, por favor?

Los cinco clavaron su mirada en mí y contuvieron las risas.

Noté que una especie de calor me crecía por dentro.

Me estaban tomando el pelo.

Habían decidido reírse a costa del nuevo.

Eso no iba a quedar así.

Decidí hacer algo al respecto.

Algo que no olvidaran fácilmente.

Abrí la boca y dije:

—Me llamo Vicente Friman. Acabo de cumplir once años. Y nací en un lugar al que seguro que nunca habéis ido, y al que posiblemente nunca vayáis en vuestra vida: Buenos Aires, Argentina.

Por un momento, me miraron sorprendidos.

Seguro que no se esperaban una respuesta así.

Si me pedían disculpas, estaba dispuesto a explicarles que, aunque había nacido en Buenos Aires, en realidad llevaba en España toda mi vida y que a causa del trabajo de mi madre había vivido ya en unas cuantas ciudades.

Pero no pude hacerlo.

Porque un niño moreno muy bajito dijo:

—¿Ha dicho Vicente? Así que el nuevo es... ¡el repelente niño Vicente!

El resto estallaron en risas.

Y en ese momento... ¡me acribillaron con unos globos de agua que llevaban escondidos!

¡Los globos estallaron contra todas las partes de mi cuerpo!

En pocos segundos, acabé empapado de la cabeza a los pies.

Ellos no paraban de reír.

–¿En Buenos Aires tenéis globos de agua?

–¡Ten cuidado, no te vayas a constipar!

–¿Dónde va la gente? Donde va Vicente.

Y más risas.

Me apoyé en la pared. Estaba tiritando. Estuve a punto de echarme a llorar, pero no podía hacerlo. Si lloraba en mi primer día, estaba acabado.

Una cosa es que se rían de ti y te reciban a globazo limpio por ser el nuevo. Pero llorar en público... eso nunca.

Me aguanté las lágrimas. Y pensé que ya llegaría el momento de darles su merecido.

Simplemente dije:

–Hasta luego.

Y me fui.

Mientras me alejaba, aún pude escuchar sus risas a lo lejos.

Sabía perfectamente que ser nuevo en el barrio es difícil.

Ya había pasado por eso otras veces.

De hecho, esos cinco eran los chicos buenos, por así decirlo.

A los malos los conocería más tarde.